



«Pides na Grelha» cumple una función fundamental: familiarizar al hombre medio con el debate político. (Sobre estas líneas, la escena de la obra en que el fascista cambia de chaqueta.)

LISBOA: TEATRO PARA UNA NUEVA SITUACION POLITICA

ANTES, cruzar la frontera portuguesa era sólo un trámite. Enseñar el pasaporte, declarar el magnetofón y la cámara fotográfica, levantar el capó para el registro, ver cómo el carabinero anotaba el número de matrícula del coche y seguir hasta un puesto similar, donde, aparte del cambio de moneda, se repetía la misma ceremonia en un clima burocrático exactamente igual. Luego venían los pueblos limpios, claros y silenciosos, hasta llegar a una Lisboa donde los amigos portugueses nos repetían la bien conocida canción: que si la censura, que si no podían plantearse en los teatros los problemas del país, que si la profesión teatral carecía de sentido, que si tal o cual obra vista más allá de los Pirineos tenía sumo interés, que si no valía la pena ir a ninguno de los teatros de Lisboa, etcétera.

Ahora la cosa es distinta. Y no importa demasiado que ciertas informaciones interesadas lamenten en España de vez en cuando que Portugal haya liquidado sus años de pacífica dictadura. Cada uno ve las cosas a su manera, y los hay que nos acercamos ahora a Lisboa con un interés, con unas ganas de comprender cuanto allí está sucediendo, que antes, en los tiempos de la PIDE, hubiera estado fuera de lugar.

En las paredes de Elvas, de Estremoz, de todos los pueblos de la carretera, hay carteles de propaganda de los distintos polí-

ticos. También las consabidas consignas pintadas a mano. Pero sin la profusión que corresponde a lo que pudiéramos llamar períodos excepcionales. Nos vamos dando cuenta, kilómetro a kilómetro, por lo que vemos, por lo que oímos en las breves paradas para tomar una cerveza o llenar el depósito de gasolina, que en el hombre medio portugués no existe ningún tipo de excitación política. La democracia ha llegado como el sol o como la lluvia, sin que

de sus aspectos específicos, ayude mucho a entender lo que sucede en el país.

Junto a la gran cervecería, repleta a la hora de la cena, hay una nave destartada. Está cerca de la plaza de Chile, donde se han celebrado recientemente varias manifestaciones políticas. En la nave trabaja el grupo La Comuna. Ante unos doscientos espectadores, que llenan completamente el graderío, representan «La cena», el mismo trabajo que vi-

drar su propio teatro las clases trabajadoras, tan ajenas hasta ahora a la vida teatral portuguesa.

Algunos empleados han ido con la mujer y los hijos. Y, en realidad, es el sueño de los más pequeños lo que obliga a cerrar el debate. Es medianoche y aún nos queda por delante tiempo para ver el último pase de «¡Viva la muerte!», que comienza a las doce y media. Es en un cine alejado del centro, con un público hecho de estudiantes y gentes de la barriada —hay un grupo de cuarentonas nerviosas, a las que aún no se les ha pasado el sobresalto de poder ver cine tanto tiempo prohibido—, que se amontona en la puerta mientras acaba la proyección de «La tierra prometida», el film chileno que alterna con el de Arrabal. En otra sala, pasaban «Z», de Costa Gavras, denuncia del fascismo griego y complemento indispensable para entender rectamente «La confesión» y el verdadero pensamiento político del tándem Gavras-Semprún. (En España sólo hemos visto «La confesión».) En otra, «El estado de sitio», que tiene por tema la rebelión tupamara...

En los teatros había también varios títulos íntimamente ligados a la nueva situación democrática del país. Algunos, como «Terror y miseria del III Reich», de Brecht, o la versión de Rebello de «Libertad, libertad», expresaban la voluntad de incorporar a la realidad portuguesa una información y una perspectiva ▶

José Monleón

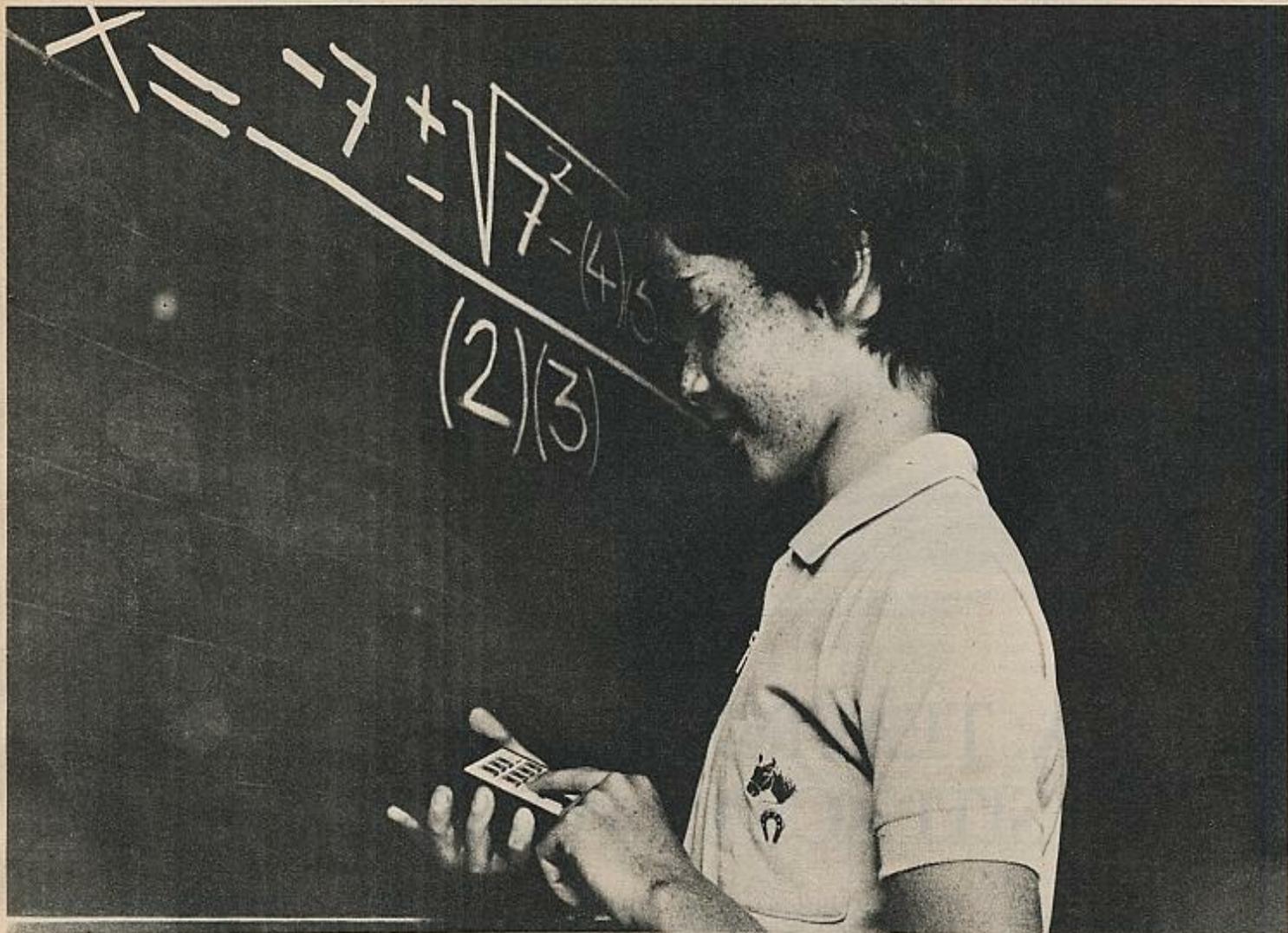
la larga dictadura consiguiera borrar de la memoria la lógica de ese estado político.

Pueblos, plazas, rostros que han perdido el sentimiento de saberse vigilados. Gente amable y relajada. Un nuevo orden que nada tiene que ver con el caos ni con esos ridículos titulares que intentan, a cuenta de los necesarios conflictos que plantea el cambio político y social, dar una imagen turbulenta del Portugal de nuestros días.

Cine, teatro

Vayamos al tema de mi viaje, sin perjuicio de abordar en otra ocasión aspectos más esenciales de la vida portuguesa. Mi tema es el teatro; un tema que, aparte

mos en el reciente festival madrileño. Esta vez, el espacio escénico y su relación con el público —la función ha sido comprada por el sindicato de los empleados de Banca— los ha establecido libremente La Comuna, atendiendo únicamente a las exigencias de su trabajo. Allí no hay empresarios ni censores que ejerzan ningún tipo de control. Importa la seriedad y el rigor del espectáculo. Y para discutir esto y su proyección sobre la vida portuguesa se quedan en su sitio, cuando la representación acaba, los actores y los empleados de Banca. La obra dura una hora; el debate, cerca de dos. A los espectadores —que hablan en tono apacible y se ríen con algunas de las respuestas— les interesa, sobre todo, saber cómo podrían engen-



En el tiempo en que Vd. empieza a pensar en el problema, él ha obtenido la respuesta.

Puede asombrarle que un muchacho de 13 años sea capaz de resolver ecuaciones de segundo grado, mucho más rápidamente de lo que Vd. jamás podría hacerlo, y mucho más exactamente.

Naturalmente, con una pequeña ayuda de sus amigos, Texas Instruments y sus nuevas reglas de cálculo electrónicas. La SR-11 realiza operaciones complejas como: ecuaciones de segundo grado, raíces cuadradas, recíprocos, cálculos con notación exponencial hasta 10^{99} y 10^{-99} e inclusive cálculos con el número "PI" y cálculos en cadena y constante.

La TI-2550 de Texas Instruments está equipada con un sistema especial de memoria que puede retener los resultados de todas las operaciones

que Vd. necesite hacer, y le proporciona el resultado final exacto cuando Vd. quiera.

Por supuesto, también realiza al instante sumas, restas, multiplicaciones y divisiones y tiene una tecla especial para facilitar el cálculo de porcentajes.

La SR-11 y la TI-2550 funcionan con batería recargable y en su precio de venta se incluye un cargador de corriente alterna y una funda.

¡Deje de pensar en las antiguas y engorrosas operaciones matemáticas y empiece a pensar en las calculadoras SR-11 y TI-2550 de Texas Instruments!

Le ahorrarán muchísimo tiempo.



Texas Instruments
la electrónica en la punta de sus dedos.

TEXAS INSTRUMENTS

ESPAÑA, S.A.

Pedro Teixeira, 8, 5.º, Madrid-20.



SR-11
6.300 ptas.



TI-2550
7.190 ptas.

LISBOA: TEATRO

crítica largo tiempo prohibidas. Otros, como «Lisboa 72-74», de Lucía María Martins, o «Portugués, escritor, cuarenta y cinco años de edad», de Bernardo Santareno, abordaban directamente la historia política del país, mostrando un pasado que no debe repetirse.

En otras salas hacían revistas. Pero vayamos por partes.

«Portugués, escritor, cuarenta y cinco años de edad»

Bernardo Santareno, el autor de esta obra, ha sido uno de los más grandes y más prohibidos dramaturgos portugueses de los últimos años. En la revista «Primer Acto» se publicó, hace ya tiempo, una de sus obras, «Crimen en Aldea Vieja», que, naturalmente, nadie estrenó en España. Aquí se ha seguido poco y mal el teatro portugués, como se ha seguido poco y mal el teatro latinoamericano, en parte porque aún los hay entre nosotros que toman a Madrid —es decir, que se toman a sí mismos— por el ombligo del mundo, en parte porque aún respetamos las viejas jerarquías culturales. En todo ca-

so, quede aquí dicho que Bernardo Santareno es un dramaturgo insoslayable para entender lo que ha sido la vida portuguesa durante los años de dictadura.

Justamente «Portugués, escritor, cuarenta y cinco años de edad», concluida en marzo del presente año, era una especie de resumen biográfico de una lucha que él entendía perdida. A los datos estrictamente personales se unían otros tomados de diversos sectores, a fin de evitar que la acción dramática se quedara en un caso particular. La reflexión de Santareno no podía ser más amarga: al luchador de la primera hora de la dictadura, sucedían una generación asfixiada —que sería la del propio Santareno— y una tercera condenada a participar, y hasta a morir con falsa gloria, en la guerra colonial. Proyecciones cinematográficas y elementos documentales iban encuadrando la historia de los personajes. El autor no renunciaba a ciertas situaciones de carácter individual o íntimo, pero mostraba siempre hasta qué punto estuvieron todas ellas condicionadas por el carácter de la vida nacional. En el drama de Santareno había campos de concentración y nombres concretos de víctimas del salazarismo. Sin embargo, no



«Portugués, escritor, cuarenta y cinco años de edad» es la obra, claramente didáctica, de uno de los más grandes y prohibidos dramaturgos portugueses de los últimos años. (En la foto, una escena evocadora de la época salazarista.)



La crítica política de «Pides na Grelha» incorpora ya la figura de Spínola.

era esa la violencia principalmente denunciada, sino la que operaba en la paz cotidiana, la que hacía del miedo y la mutilación una costumbre resignadamente aceptada. La voz de Santareno quería ser un grito en ese mundo.

La obra la acabó Santareno en marzo del 74. Su protagonista —es decir, él mismo— acababa declarando que no volvería a escribir, que no tenía sentido empeñarse en utilizar un medio de comunicación que no era permitido para decir lo que él quería decir a los portugueses. La humilde lucha de Santareno contra la dictadura parecía, pues, liquidada. Había ganado el más fuerte. Era en marzo, y Santareno leyó esa especie de testamento a unos cuantos compañeros. Por supuesto, la idea del estreno estaba excluida. Pero el autor se aferró a las posibilidades de la edición del texto. En Portugal o en otra parte. El juicio de quienes le oían fue rotundo: si la obra era editada, Santareno sería condenado y encarcelado por los Tribunales portugueses.

No pasó ni un mes para que las cosas cambiaran. Y casi inmediatamente, quienes asistieron a aquella lectura clandestina de la obra de Santareno ocuparon puestos clave en la nueva vida cultural de Lisboa. Se pensó ▶



¡Ohhh!

Un sorbo bien combinado.
A su antojo: tónica, limón, cola... Y siempre hielo.
Y un sabor familiar con ese toque divertido de un buen Gin.
Mas algo muy particular que... ¡Mmmm!
Atrévase a definirlo usted mismo.

GIN SIMPSON



LISBOA: TEATRO

en seguida, muy lógicamente, en el drama de Santareno. Y se estrenó, bajo la dirección de Rogério Paulo, con la colaboración de Artur Ramos, a quien conocemos en España por haber participado con dos montajes en los dos Festivales Internacionales de Teatro organizados en la época de Antolín de Santiago.

Por el Maria Matos, la tarde en que vi la función, habían pasado ya cerca de cincuenta mil espectadores. Cifra impresionante si pensamos que Lisboa no llega al millón de habitantes. La sala estaba llena de gentes de clase media, que seguían con evidente emoción el curso del espectáculo. Muchos de los grandes tabúes, de los males inmemorables, de los rostros eternamente magnificados, eran abordados con una nueva dimensión. La pieza era didáctica, pero no panfletaria. Durante minutos y minutos dominaban la amargura y la tristeza. Aunque la nueva situación del país había cambiado la significación de la obra: la confesión se convertía en advertencia, en un decir al público que así había sido la vida portuguesa de casi medio siglo, y, por lo tanto, que era necesario recordar la facilidad con que el fascismo llega a legitimar su sistema.

Para los sectores más jóvenes, el carácter didáctico de la obra, y, sobre todo, el tono retórico que a menudo alcanza su puesta en escena, pertenecen a un tiempo teatral periclitado. Sería como si el antisalazarismo hubiera tenido que pagar como parte del precio de su lucha la contaminación de ciertos elementos del enemigo. Es seguro que así es. Pero nada empieza en cero, y menos aún una transformación social que no ha arrancado de una victoria popular, sino de un golpe de las Fuerzas Armadas. Para todos los portugueses de cuarenta años, el primer problema es encarar su pasado desde los nuevos supuestos que hoy posee el país. Por eso el éxito y la oportunidad de esta obra de Santareno. Por eso esa canción final del poeta Ary dos Santos, en la que el público, acompañando a los actores, rinde tributo al autor que combatió durante tanto tiempo:

*"Hoje a luta recomeça
mas já de igual para igual
muito obrigado Bernardo
Santarém de Portugal"*

La revista

Lógicamente, con la desaparición de la censura, la revista ha



Foto superior: Cartel anunciador de la obra de Santareno. Sobre estas líneas, los actores de «Pides na Grelha» cantan con el público a la libertad, al final de la representación. Centro: Un público popular acude diariamente a presenciar la revista del grupo «Adoqueus».

podido explorar sus viejos terrenos abandonados. Me refiero al de la crítica política y al de la pornografía. Caminos que descubren, al fin y al cabo, la personalidad de cada cual.

Para los viejos empresarios, que alguno queda, la democracia es la posibilidad de seguir ganando dinero mostrando a las mujeres un poco más desnudas. Para otro sector, sin embargo, los nuevos márgenes de que dispone la revista determinan la posibilidad de «hablarle de política» al hombre común, a ese espectador eternamente alienado que lo que quiere es divertirse y que le dejen de problemas.

Entre las revistas de este tipo, la más interesante de cuantas se programan en Lisboa es «Pides na Grelha», que quiere decir algo así como «policías en la parrilla». La presenta el grupo Adoqueus, cooperativa y teatro independiente hecho por gentes de revista. Su sala es un comfortable barracón de madera, alzado en el centro de la ciudad; su lenguaje, más o menos el de todas las revistas; sus temas, de la vida política portuguesa; su objetivo, crítico e informativo; su posición, a la izquierda...

Algunos piensan que la cosa es demasiado seria para ponerla a estos niveles. Personalmente creo que, en efecto, es muy seria. Pero que muchos millones de portugueses han sido educados para que no lo sepan, ni se interesen en saberlo. La política es la violencia, el ministerio de unos pocos, las voces alzadas, el desorden del que libran los buenos salazares. Por eso yo pienso que espectáculos como «Pides na Grelha», hechos con gracia y sin pretensiones, cumplen ahora una función fundamental: familiarizar al hombre medio con el debate político, apagar a los gobernantes del podio, crear un clima de confianza, en el que sea posible llevar a un número amplio de personas a debates realmente serios.

Nada empieza, como antes decíamos, de repente. Y el Portugal que soportaba plácidamente su dictadura —salvando, naturalmente, los sectores minoritarios que luchaban contra ella— no puede ahora surgir como un pueblo lleno de lucidez política. Además, la derecha sigue en pie, y muchas de sus mentalizaciones de masas —sobre todo el miedo a la democracia— prosiguen su tarea; por eso, viendo a los actores de «Pides na Grelha», oyendo cantar al final a su público popular, uno siente que aquél es un trabajo lleno de sentido dentro de la hermosa transformación que se va abriendo paso entre los portugueses. ■ J. M.